

I

Por la calle, llena de baches, con bastante frío y algo de nieve, avanzaba una persona en dirección a su pobre casa; eso sí, tenían el fuego encendido, lo que la hacía parecer un poco mejor. Quien venía era una muchacha guapa, delgada, no muy alta. Llegó a su vivienda y entró en la misma con la simpática y alegre sonrisa de siempre.

“¡Buenas tardes, mamá -dijo la joven-, hoy he vendido toda las golosinas, y gracias a ellas he podido ganar un poco más de dinero que otros días!”.

La muchacha era realmente elegante, a pesar de que iba vestida con ropas pobres, pero a ella no le importaba. Podría tener unos dieciséis años, y a esa edad todo le quedaba bien. Luego se acercó donde estaba su madre para darle un beso. La mujer, de unos treinta y nueve años, era pacífica y no se enfadaba por nada. Énnia también era buena desde pequeña, y seguía igual de mayor, a pesar de que tener que buscar donde ganarse un dinero cada día.

La mujer hacía limpiezas en casas, y con eso y con lo de Énnia ya podían ir tirando, más mal que bien, pero no les faltaba una olla de cocido para las dos. Ese día era domingo, sin embargo a ninguna le apetecía salir a la calle; la nieve seguía cayendo cada vez más, hasta el punto de que empezaba a cuajar encima de los tejados y después en el suelo.

Después de comer, al lado del fuego, Énnia miraba el Cristal; le gustaba hacerlo. Era un cristal de forma cúbica, de unos cinco centímetros de lado, y por cada cara se podía ver unas figuras y unos paisajes distintos. El Cristal, con un poco de imaginación, se transformaba en otras cosas, al menos así lo aseguraba Énnia cuando se sentaba al lado de la lumbre y lo miraba con detalle.

Aquella tarde nevaba y tuvieron que quedarse en casa las dos, la madre y la hija; ella cosiendo y la muchacha observando el Cristal cúbico. Pero no decía nada, solo le daba vueltas hasta que se quedó dormida. Luego empezó a soñar...

II

Era un día de primavera y el sol brillaba con todo su esplendor. Resplandecía un prado lleno de flores; a continuación se abría una senda llena de curvas, cuyo final no se alcanzaba a ver. Las flores, blancas, rojas y amarillas, eran hermosas. Las mariposas iban libando la miel sin la interferencia de otros insectos voladores en el lugar que compitieran por ella.

Había pájaros hermosos que cantaban durante el día y dormían por la noche, cuando la luna venía a alumbrar el firmamento. Entonces se llenaba la tierra de rumores dulces y extraños; luego los pájaros nocturnos, mudos, se levantaban de su escondite para volar hacia el mar muy lejos de allí.

Énnia iba por aquella senda ignorada, e intentaba salir de aquella ruta en la cual ella se había perdido; sin embargo iba despacio, mirando las flores y los pájaros cantores. Pero sobre todo volvía a mirar las mariposas de infinitos colores, porque nunca había visto otras más hermosas que ellas.

La muchacha llevaba mucha senda caminada y parecía que el sol no se había movido del sitio.

Por fin la vereda se acababa dejando paso a unas cabañas, tan bien hechas que casi parecían unas casas en el campo. Énnia avanzó, ahora más deprisa, pero no se veían personas

por ninguna parte, solo el dulce canto de los pájaros que lo llenaban todo. Siguió avanzando y entonces vio un río azul, claro, cuyas aguas se movían, lentamente, antes de perderse entre unos árboles plata, como si el sol dejara su luz, toda, sobre las hojas, dejando en la sombra los troncos y el suelo.

Por fin llegó Énnia a las cabañas, eran mucho más bonitas de lo que le habían parecido vistas de lejos, sus colores eran muy vistosos e iban del amarillo al marrón, pasando por el verde y el lila. La joven no había visto nunca un paisaje como aquel, pero le gustaba, lo único que le extrañaba era que ninguna de las cabañas tenía habitantes, al menos dentro de sus casas. No obstante había una cosa que le indicaba que pronto vendrían todos los habitantes a las cabañas, porque tenían el fuego encendido calentando una especie de marmitas y echando humo del cocido.

No obstante seguía la muchacha haciendo cábalas de la situación. Entonces observó que las cabañas eran mas pequeñas de lo normal, también eran las marmitas más pequeñas, esto le hizo pensar que aquellos habitantes debían ser mas bajos que la media de los habitantes que ella conocía.

Énnia se fue hacia al río esperando que volvieran sus habitantes, porque tenía la seguridad de que regresarían pronto, las comidas en el fuego eran la prueba. Una vez que llegó al río, se sentó a la orilla, mojando los pies porque había andado muchas leguas por aquella senda llena de curvas. Al cabo de un rato empezó a sentir hambre. El camino recorrido y, sobre todo, aquellas marmitas olorosas le habían despertado un gran apetito. Pero esperó porque pensaba que no estaría nada bien si ella sola empezaba a comer, a pesar de que estaban todas las puertas sin cerrar.

Énnia, mientras esperaba, volvió a contemplar el paisaje, los pájaros cantores, los árboles de un color plata, brillante, el agua azul claro, que reflejaba el cielo en el río.

También veía mariposas de mil colores que libaban la miel de las flores. Miró de nuevo hacia el sol y lo seguía viendo en el mismo sitio que cuando empezó la senda, hacía ya unas cuantas horas. Énnia siguió mirando el paisaje y el cielo, pero estaba como siempre, y el sol lo había visto en aquel lugar, parecía que no iba a ponerse nunca, todo esto le hacía pensar en mil cosas distintas.

“¿Sí el sol no llega nunca al mediodía, los habitantes de aquí cuándo comerán?”, se preguntaba Énnia.

Fue la pregunta que se le ocurrió, quizá porque ya empezaba a tener hambre de verdad.

Luego miró hacia lo lejos, hacia el horizonte, y vio una inmensa cantidad de flores que llenaban todo cuanto se veía. Siguió mirando. Entonces le pareció que entre las flores había algo que se movía, continuó haciéndolo y descubrió que eran muchas cosas las que se meneaban, cosas que parecían personas en la distancia, pero algo más pequeñas que las normales.

Énnia tuvo la idea de ir hasta allí, eran los únicos seres que había por aquel mundo ignorado, con lo cual pensó que no tenía más que ir a verlos para salir de aquel mundo irreal, pero sobre todo para ver si la invitaban a comer, pues el hambre que tenía era cada vez más grande.

Se puso a andar y enseguida descubrió un pequeño camino entre las flores, que iba a parar, precisamente, a donde estaban los seres que ella había descubierto. Cuando se acercó más vio que aquellos entes eran personas igual que ella, solo que más pequeñas, había hombres, mujeres, niñas y niños, también vio que todos trabajaban en las flores. ¡Sí, en las flores! Las cogían como algo muy valioso, tanto como la comida, porque aquellas flores serían después una comida exquisita.

Énnia todavía no se había dado cuenta de la utilidad de las flores, pero le encantaba la forma en que las trataban.